

PRESENTACIÓN

A CIENTO CINCUENTA AÑOS
DE UNA GUERRA COSTOSA

El recuerdo de la guerra con Estados Unidos (1846-1848) sigue siendo doloroso para los mexicanos, tal vez por ello ha sido poco estudiada. Con todo el difícil periodo del establecimiento del Estado mexicano no ha merecido verdaderas investigaciones, hecho que ha dejado el campo libre para que prevalezcan las interpretaciones estadounidenses.

A los que estamos conscientes de la prosperidad y madurez de la Nueva España en el siglo XVIII, que sin duda contrastaba con la pequeñez y provincianismo de las trece colonias inglesas, nos ha intrigado explicarnos cómo se generó la profunda asimetría entre los dos nuevos Estados, tan patente en el momento del enfrentamiento. Si revisamos el contexto en que se dieron las independencias, resulta comprensible. Las dos emancipaciones derivaron de la guerra de los siete años y de la bancarrota que produjo en sus principales actores, Gran Bretaña, España y Francia, sin distinción de vencedores o vencidos. Los imperios se vieron precisados a reorganizar su administración, y las nuevas cargas fiscales e institucionales que aumentaban el control y la defensa generarían el malestar que produciría los sentimientos independentistas.

Como los colonos ingleses se emanciparon tempranamente pudieron aprovechar las ventajas de tal primacía en un ambiente ilustrado; esto, aunado a la experiencia política de sus líderes y a circunstancias internacionales favora-

bles para establecer un Estado, les aseguró su viabilidad. La consolidación de la Unión con la Constitución de 1789, les permitiría aprovechar la discordia europea desencadenada por la revolución francesa (1789-1815) para fortalecer su economía.

Los hispanoamericanos no contaron con la misma suerte y además, su guerra independentista fue larga y cruenta, lo que aumentó sus problemas sociales, divisiones políticas y bancarrota hacendística, pues dificultó su transición de colonias a Estados independientes. El marco en que se insertaron en el orden internacional, tampoco les fue favorable, pues la lucha contra Napoleón había despertado un legitimismo y un temor a los movimientos liberales que obstaculizarían su reconocimiento.

Para la Nueva España el camino sería aún más complejo, pues dada su importancia, no sólo para su metrópoli sino en forma creciente para Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, como proveedor de la plata que el costo de sus diferentes guerras que tanto el imperio como el comercio requerían, la convertirían en centro de ambiciones económicas y territoriales. Así, las diferencias ideológicas con sus contrastantes proyectos nacionales, el estancamiento económico, la emergencia del ejército como fuerza política y las amenazas externas debilitaron tanto a la República que imposibilitaron una defensa efectiva del enorme territorio que su expansivo vecino ambicionaba.

México fue víctima del destino, pues circunstancias nacionales e internacionales influyeron en su desarticulación y paralización. En vísperas de la guerra, la situación mexicana era desesperada, y en esas condiciones se enfrentó a dos fantasmas imponentes que lo amenazaban: el expansionismo estadounidense y la conspiración española para establecer una monarquía. Esto reanudó el debate sobre la forma de su gobierno y en medio de la guerra se restauró el federalismo con una reducción de facultades al gobierno nacional. ¿Qué país hubiera podido responder con efectividad a esa situación?

Aunque la mayoría de los políticos estaban conscientes de la imposibilidad de la defensa, no lograron poner los

objetivos nacionales por encima de los faccionales. Para sorpresa de militares y políticos estadounidenses, las pobres fuerzas mexicanas enfrentaron una y otra vez a ejércitos que aunque más pequeños, eran profesionales y estaban bien aprovisionados, alimentados y renovados, sin que lograran impedir que a mediados de septiembre de 1847 la ciudad de México capitulara.

La firma del tratado de paz impidió la desaparición de México, pero dejó un legado muy doloroso aún presente. El sentimiento de frustración por la pérdida de territorio aumentó ante la total incapacidad de defensa. En los estadounidenses también dejó como legado negativo una sensación de superioridad racial que todavía afecta la comunicación entre los dos países.

Que la guerra fue injusta para México, es indudable, pero además, permitió iniciar la neutralización de fuerzas políticas y la eliminación del ejército como actor principal en los conflictos nacionales. Por otra parte, también contribuyó a ampliar el sentimiento nacional en su población. Recordar el acontecimiento debe ser una lección positiva y al juzgarla, darnos cuenta de que nuestros antepasados sucumbieron ante el peso de una compleja red de circunstancias adversas.

Historia Mexicana contribuye a la conmemoración de 150 años del acontecimiento con este número. El contenido es muy interesante y variado: desde los orígenes de la guerra y el contexto estadounidense, referente a temas novedosos como la guerra épica de los estadounidenses contemporáneos y la reseña sobre el mítico batallón de San Patricio, hasta la guerra y la identidad nacional, y el papel de un diplomático mexicano en España durante el suceso. Como colofón se incluye la transcripción del diario que empezó a guardar don Mariano Riva Palacio durante los días que precedieron a la caída de la ciudad de México.

Josefina Zoraida VÁZQUEZ
El Colegio de México